

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

DÍVICO ALBERTO FÜRNKORN

Administrador:
Luis Podestá

Sub-administrador:
Jorge Traverso

Redactores:

Dr. José Barrau - Dr. Mauricio Greffier - Juan R.
Schillizzi - Guillermo J. Watson - Silvio J. Rigo
Egidio T. Trevisán - Raúl Prebisch - Julio Silva

Año VIII

Agosto de 1919

Núm. 74

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

El experimento comercial de las misiones jesuíticas

En el año 1610, el padre Jerónimo Acquaviva, general de la Compañía de Jesús, ordenó al padre Diego de Torres, que era entonces superior del colegio establecido en la Asunción del Paraguay en 1588, — año en que llegaron por vez primera los jesuítas al Paraguay — que enviara al territorio que es hoy la gobernación de Misiones nuestra, una expedición compuesta de ocho sacerdotes, que tuvieron como superior al padre Marcial de Lorensana.

No se trataba de una expedición catequística, ni era como fué la expedición de San Francisco de Solano a Santiago del Estero, ni como fué la expedición de los mercedarios y de los dominicos; no, los jesuítas tenían una raigambre intelectual, que no se les ha podido discutir jamás, y este experimento sociológico, cuya faz comercial vamos a estudiar, había sido meditado como medita un general — y el de la Compañía de Jesús lo era; un italiano de talento extraordinario — como medita un general, un plan de ataque.

Se ha dicho, que los jesuítas se han inspirado en “La República de Platón, en la “Utopía” de Tomás Morus, y en “La Ciudad del Sol” de Campanela, para realizar esta concepción de las misiones. Vamos a ver qué fundamentos tienen estas aseveraciones. El filósofo griego, escribió su tratado de “República” para demostrar la necesidad de que el pueblo tenga el libre manejo de todos sus resortes; pero el filósofo griego estaba lejos de establecer el comunismo; al contrario, dejó siempre en el gobierno de la república la capacidad a los más inteligentes y a los más ricos. Tomás Morus, Canciller de Enrique IV, filósofo inglés, con todas las características de su raza, es-

cribió su famosa concepción de la "Utopía", libro en el que uno no puede sino admirar lo simple de la concepción y lo difícil de convertirlo en una realidad positiva; allí hay división de clases y una organización de la familia completa y totalmente imposible de llevar a la práctica, pues la obra de Morus, en síntesis, no tiene una organización que pueda realizarse. Campanella, filósofo florentino, escribió su "Ciudad del Sol" en la que establece como norma la distribución proporcional de la tierra, y, como síntesis de todas las relaciones de familia, el reinado absoluto del amor.

Todas estas eran elucubraciones de los filósofos que quisieron, diré así, mejorar o completar la semilla que Platón sembrara escribiendo su "República". ¿Los jesuitas se inspiraron en ellos? Creo que no; soy un convencido de que ni la "República" de Platón, ni la "Utopía" de Tomás Morus, ni la "Ciudad del Sol" de Campanella, influyeron para nada y por nada en el experimento ni en la organización de las misiones jesuíticas. ¿Y qué hicieron? ¿Esta extraordinaria organización que por el año 1600 era ya tan notable que hoy los socialistas la presentan como uno de los experimentos más estupendos y completos, en qué se fundaba? Muy sencillo: aplicaron en grande las teorías de San Ignacio de Loyola, expuestas en su "Racio Studium", y es extraordinario el paralelo y la similitud, casi me permitiría decir matemática, que existe entre el régimen que hoy impera en sus colegios y el régimen que nos describen todos los historiadores de las misiones. Es exactamente el mismo sistema, la misma cadena, el mismo método, adaptado, es cierto, a las modalidades del momento, y oxigenado, diremos, hoy con el espíritu del siglo XX; porque en el fondo, la misma campana que indicaba en las misiones el levantarse, es la que a las cuatro y media levanta a los estudiantes del colegio. Todo el régimen, toda la cadena extraordinaria que los jesuitas supieron organizar en sus misiones del Paraguay, es exactamente la misma cadena que vincula, liga y gravita en todos los seminarios, colegios e instituciones dirigidas hoy por la Compañía de Jesús.

El experimento tenía en su favor para realizarse casi en forma completa, una gran ventaja: el factor geográfico, el lugar, el sitio, donde se realizó; y yo creo que el padre Acquaviva, con aquel instinto extraordinario de viejo cardenal romano que lo caracteriza en todo su período de mando en la Compañía de Jesús, buscó precisamente esa región de América,

donde ríos hacen de montañas, un territorio en el cual ellos pudieran desarrollar todo un plan que al mismo tiempo que tenía por objeto conducir a Cristo al alma de los indios, tenía también — y no hay que dudarlo — por base o motivo fundamental realizar un experimento sociológico, que no otra cosa hicieron los jesuitas en las misiones del Paraguay.

Si se estudia geográficamente el lugar donde las misiones fueron poco a poco estableciéndose, veráse que de todo el territorio americano ese era el único donde podían aislarse totalmente el elemento étnico con el cual se iba a experimentar. Vieron que geográfica y naturalmente, sin que tuvieran que violentar ni las prerrogativas reales ni la fuerza extraordinaria de las disposiciones del Consejo de Indias, por el cauce normal de las cosas, podía desarrollarse en el territorio misionero un experimento que no podía ni debía molestar a nadie, en la forma pacífica en que iba a realizarse. Efectivamente, lo primero que hicieron los jesuitas al llegar, fué tratar de que los indios que estaban sometidos a su régimen no tuvieran contacto ni con los españoles, ni con los indios que merodeaban por los alrededores de las regiones escogidas por ellos para establecer sus reducciones.

En la primera época, los jesuitas tuvieron un gran enemigo en los mamelucos, y se llaman así los habitantes de la Villa de San Pablo, en el Brasil, que practicaban la inhumana costumbre de los molocas, es decir que hacían incursiones para hacer esclavos. “Éstos incansables perseguidores y esclavizados de indios, — dice el padre Hernández — salían de sus casas en numerosas compañías; iban armados de picas y acompañados de mayores grupos o tribus de indios. Internábanse en vastas regiones, las cruzaban caminando meses enteros con extraordinario aguante, y en habiendo alcanzado alguna aldea, daban sobre ella, rindiéndola con su número y con la superioridad de sus armas. Para nada había servido que los reyes de Portugal prohibiesen esclavizar a los indios, ni a los paulistas les hacía mella el que aquellos indios estuviesen en un dominio extraño, que era de la corona de Castilla.”

Estas incursiones fueron explotadas con una actividad extraordinaria ante los reyes de España, para que permitiera a los jesuitas armar a los indios.

El experimento tiene como base el lugar donde se realiza, que es un sitio verdaderamente excepcional, por las condicio-

nes de absoluta e indiscutible clausura geográfica; encuadrado por cuatro ríos que le sirven de límites naturales, era un territorio que podía aislarse, casi diría, con un cordón sanitario, como se aíslan hoy los tifóideos o los enfermos pestosos en un país cualquiera. En segundo lugar tenía a su favor el medio étnico con que el experimento había de desarrollarse. El factor "raza" completa el factor geográfico en el estudio de las misiones jesuíticas.

Sabido es que los historiadores de aquella época llegaron a negar al indio todas las prerrogativas del ser humano. Hubo filósofos que establecieron esta premisa: el indio no pertenece a la raza humana; y el cardenal Giménez de Cisneros, una de las inteligencias más estupendas de su época, llegó a proclamar esto: "Hubo muchos religiosos que fueron de opinión que los indios no eran hombres naturales".

Con estos dos factores, los jesuítas organizaron, pues, su reducción y organizaron el comercio.

Después de considerar la importancia de la situación geográfica del territorio que buscaron los jesuítas para realizar el experimento sociológico que venimos estudiando, debemos ocuparnos ahora del factor étnico, estudiando las poblaciones que se encontraban en esos territorios.

Leopoldo Lugones ha escrito a este respecto el "Imperio Jesuítico", considerado como su mejor libro, del punto de vista literario pero distante de merecer tal elogio en cuanto al método con que está escrito.

Explica el literato argentino la contextura moral del indio, en razón directa del medio en el cual se desarrolla y si da la impresión exacta de que el factor geográfico influye de una manera definitiva en el desarrollo étnico del indio, en cambio olvida la importancia que tuvo en la experimentación jesuítica el aislamiento absoluto en que ella se realizó.

Las mismas características del Paraguay actual: el aniquilamiento de las energías, la tendencia a la ociosidad y a la pereza, la falta de constancia en el esfuerzo, han sido explicadas por uno de los historiadores de la época contemporánea, el doctor Cecilio Báez, rector de la Universidad del Paraguay, como la herencia directa de la acción que ejercieron los jesuítas en las misiones para anonadar y reducir al indio, arrancándole todo pensamiento noble y toda visión de ideal y de patria.

Yo creo, que esa es una teoría asaz aventurada, porque si bien es cierto que el colonizador español tembló ante la

posibilidad de que el indio lo aplastara con su masa enorme, es cierto también que trató por todos los medios posibles de defenderse con medidas que fueron poco a poco aniquilando al indio.

Como la historia se repite, este fenómeno del terror que produce el indio al blanco en razón directa de su superioridad numérica, es hoy el fenómeno más importante que ofrece la República de Bolivia. Bolivia tiene un dos por mil de población blanca, es decir, que en el total general de su cifra estadística de población, los blancos ocupan una situación de tal naturaleza, que en cualquier momento, por una reunión de indios, por un motín, por una sublevación, pueden ser arrastados, destruidos y aniquilados con la rapidez del pensamiento.

¿Cuál es el medio con que se ha defendido los blancos? El Sindicato del Alcohol. Intoxicar al indio, y lo intoxican de una manera consciente, de una manera perfectamente segura, siendo ello una fuente productora de recursos y muy importante para el Estado. El estanco del alcohol en Bolivia es el primer renglón de los ingresos de su presupuesto.

Pero no es solamente en Bolivia. Este problema del indio, tal como yo quiero presentarlo y tal como lo previeron los jesuitas en 1610, es el problema de Méjico. ¿Qué es la situación actual de Méjico? Sus problemas de política interna, y la gravitación de los Estados Unidos, significan problemas de altísima política internacional? No. El problema de Méjico es ante todo y sobre todo el de la educación del indio; ¿por qué? porque el indio, que es la fuerza motriz, que es la hulla blanca, que es el carbón, que es el agua, que es la electricidad, ha llegado a vislumbrar en el fondo de su cerebro cierta noción que le da conciencia de su personalidad, y el indio se revela. Y en Méjico, donde el "pulque" hace el mismo papel que el alcohol químico en Bolivia, el "pulque", una bebida extraída del magüey, cuyos efectos tóxicos son bien conocidos porque produce un verdadero "delirium tremens", es la fuerza con que aplaca el blanco, al indio, que constituye en sus haciendas el principal factor de trabajo.

¿Los jesuitas hicieron esto en las misiones? No; procedieron en una forma mucho más inteligente y mucho más amplia; el dominio del indio lo obtuvieron en primer lugar por el aislamiento; en segundo lugar por la mansedumbre: conquistaron el corazón antes de conquistar el cerebro.

El aislamiento en las misiones jesuíticas fué tan absoluto,

fué tan perfecto, que no solamente consistía en que no hablaran español, sino que al organizar las misiones trazaron como un círculo de fuego en el que estaba todo el poder que en el espíritu humano tiene la iglesia, o tiene la tradición, o tiene el más allá, o tiene lo infinito, y ese poder de sugestión, conjuntamente con todas las maldiciones y excomuniones, lo emplearon en el indio para decirle: no debes pasar de aquí, es decir, no debes mezclarte con el español. Lo primero que trataron de evitar fué la difusión del idioma; el español fué, diremos así, excomulgado, prohibido terminantemente.

Blas Garay, en el estudio que hace de los misioneros jesuítas y su obra es un panfleto contra la Compañía — dice: — “Era tal el entusiasmo con que los jesuítas enviados a las misiones estudiaban el idioma guaraní, que no solamente dedicábanse a estudiarlo en gramáticas y vocabularios, sino en la práctica constante de todos los días”. Y es así, señores, como nosotros podemos explicar este fenómeno curiosísimo: las únicas gramáticas y vocabularios guaranícos en que se puede hacer un estudio morfológico del idioma, son los que han escrito los jesuítas.

¿Cómo pudo defenderse este aislamiento? ¿Fué o no fué el síntoma de una comprensión clara de lo que las misiones significaban? Este ha sido también otro de los puntos muy discutidos al estudiar los efectos que las misiones jesuíticas produjeron. Se ha dicho, que los jesuítas al aislar totalmente al indio del conquistador, realizaron la peor de las obras de gobierno que podían haber meditado. Aislando el elemento en que iba realmente a realizarse la organización de las misiones, cuando los experimentadores desaparecieran todo el edificio debía venirse abajo. Efectivamente, ocurrió así.

Cuando Carlos III decretó la expulsión de los jesuítas, realizada por Bucarelli, no en el mismo año—y este es un error histórico en que generalmente se incurre — en que se expulsó a los jesuítas de Buenos Aires, sino año y medio después, tiempo que empleó Bucarelli en pedir y en esperar que llegaran de España cinco o seis regimientos de lanceros de Murcia, para acompañarlo a las misiones, donde él creyó seguro e inevitable un levantamiento que, por otra parte, no se produjo; cuando los jesuítas fueron expulsados por el Real Comisionado de Carlos III, se creyó en la posibilidad, — entiéndase bien — de substituir estos jesuítas por franciscanos, por dominicos, o mercedarios; y aún cuando los jesuítas fueron reem-

plazados por estos religiosos de distintas órdenes, no pudieron, a pesar de todo lo que estos substitutos quisieron hacer para justificar la obra que se les había encomendado, contener la ruina del edificio. Y a pesar de los esfuerzos que realizaron franciscanos, dominicos y mercedarios probados en cuestiones catequísticas, el edificio se derrumbó, como se derrumbaba un castillo de naipes ante un soplo cualquiera. ¿Por qué? ¿Por el aislamiento? No. pues considero que si los jesuitas hubieran permitido romper este círculo de fuego, este cordón sanitario con que desde un principio se rodearon, no hubieran podido realizar absolutamente ninguna de las obras que llevaron a cabo.

Voy a permitirme esclarecer este concepto con una idea. El español que vino en la conquista, no tuvo otra idea, ni trajo otro propósito que el encontrar con el menor esfuerzo posible la mayor cantidad de dinero, y como el único elemento que podía darle ese dinero, en una forma o en otra, era el indio, lo aplastó totalmente en encomiendas, y en mitas, de tal manera que el indio, realmente anonadado, no pudo dar más de sí.

Si los españoles hubieran estado en íntimo contacto comercial o social con los indios, los jesuitas no hubieran podido sostener este régimen, que, como he dicho antes, iba al corazón. ¿Por qué? Porque los jesuitas trataron a los indios como niños, y casi casi me permitiría decir que les aplicaron los mismos sistemas con que hoy enseñan y educan en sus colegios de primeras letras. Y, efectivamente no estaba mal pensado el sistema:

El indio es en el fondo fundamentalmente romántico, no tiene entre todas sus manifestaciones ninguna que revele gallardía de espíritu. Para demostrarlo tomaremos dos o tres manifestaciones aisladas de su vida. Su música es profundamente triste, porque es profundamente sencilla; la escala musical, que según parece viene de los Incas, y que todos nosotros en Córdoba y en San Luis hemos podido escuchar, es una escala de cinco notas, y dá siempre un sonido monótono, lúgubre y profundamente triste. En el Chaco Paraguayo se conservan aún hoy esos mismos cánticos y esas mismas cantilenas que los jesuitas enseñaban en las misiones, y son todas monorítmicas, profundamente lentas, pausadas y tristes.

En su forma de vestir el indio busca casi siempre un solo

color muy brillante, muy vistoso, pero que no lleva absolutamente nada de arte, ni de gusto, ni de personalidad.

En sus manifestaciones religiosas, el indio es, ante todo, un ser visual. El objeto de culto, cuanto más sobrecargado esté de flores y de colgajos y de cintas, produce un mayor efecto.

Los jesuítas explotaron todo esto; pero lo explotaron científicamente, para llegar a un resultado positivo. Si ellos hubieran venido trayendo, por ejemplo, estatuas de Bernini o cuadros de Rubens, los indios habrían visto todas aquellas cosas con indiferencia, y seguramente no habrían sentido la más mínima impresión de arte. Pero en cambio, la figura del demonio, por ejemplo, de ese formidable demonio que todavía se conserva en la iglesia de Carapaguá, en el Paraguay, y que está atravesado por San Miguel con una flamígera espada, que despidе rayos de los colores más variados, eso les causaba un efecto formidable.

Pero no solamente experimentaban ese efecto los indios. Se conserva en el Palacio del tribunal de la Inquisición de Lima, que hoy ocupa el Congreso Nacional del Perú, el Santo Cristo que presidía las audiencias solemnes en los autos de fe. Cuando se llevaba al reo al interrogatorio, este Santo Cristo movía la cabeza, o alzaba el brazo.

Ello es risible; pero demuestra un perfecto conocimiento psicológico. El Santo Cristo hacía todos estos signos, y llegaba hasta lagrimear gotas de sangre, que se preparaban llenando una vesícula preparada, como todo, teatralmente.

Prueba el conocimiento profundo que tenían los inquisidores del efecto que habían de causar estas sugerencias en el pobre indio peruano, cuya capacidad individual era limitada.

Los jesuítas hicieron lo mismo; pusieron toda esta serie de conocimientos que habían adquirido, del punto de vista psicológico, al servicio de un experimento social, cuya faz comercial no por ser reducida deja de ser importante.

Ahora bien, ¿los jesuítas hicieron, al organizar las misiones una obra que realmente correspondía a la síntesis del estado del mundo en esa época, o se adaptaron a las necesidades del experimento, del medio, del ambiente, y, sobre todo, de la materia prima con que debieron actuar?

La primera merced solicitada por los jesuítas al Monarca español, fué el que este permitiera armas a los indios de las reducciones.

La negociación se inició el año 1638, y recién en 1640 apareció la Real Cédula por la cual se permitía a los jesuitas organizar militarmente las reducciones. Es cierto que a los jesuitas los estimuló poderosamente las incursiones que hacían los mamelucos, verdaderos malones por los cuales se llevaban a estos indios del Norte de la República Argentina, como esclavos. Es cierto también que los jesuitas hicieron hincapié en la necesidad que había de armar a los indios, no solamente para su propia defensa, sino también para que tuvieran noción de su propia personalidad; y es así como está encarado el memorial que dirigieron al soberano español.

Concedido el armamento, los jesuitas lo compraron a las propias autoridades españolas, y constituyeron lo que podríamos llamar verdaderos batallones, en los cuales se hacía el servicio militar más como premio que como obligación; el indio se conquistaba su fusil como la presea más gloriosa que podía ofrecérselo a raíz de sus trabajos, o de su buena conducta, o de su aplicación constante. Es así como se organizó, esta fuerza que llegó en un momento a hacer temblar el trono español.

Cuando Carlos III resolvió expulsar a todos los jesuitas del territorio descubierto por Colón, guardando en su imperial seno las razones que lo movían a ello, no tuvo otro motivo, sino la seguridad que el Conde de Arandam, su ministro, le había dado, de que en las misiones se preparaba un movimiento general para crear un imperio jesuítico. Y ese levantamiento estaba basado en la fuerza bien preparada y muy bien provista que tenían el monarca español y su ministro que los jesuitas levantarían en contra de la autoridad real. Y es prueba de este hecho hasta la evidencia un detalle que se ha olvidado generalmente estudiar en la historia de América: la expulsión de los jesuitas.

La expulsión de los jesuitas se efectuó en dos períodos, con un año de diferencia. Cuando Bucarelli llegó a Buenos Aires, enviado por Carlos III para expulsar a los jesuitas del Colegio de San Ignacio, de Córdoba y de Tucumán, no traía las instrucciones necesarias para ir a las misiones. Se expulsó, pues, a los jesuitas que residían en el Colegio de San Ignacio, en Tucumán y en Córdoba; pero para ir a expulsarlos del territorio comprendido entre los ríos Paraná y Uruguay, esperó un año a que llegaran refuerzos de España, y con 10.000 soldados remontó el Paraná y el Uruguay,

porque creía que había allí una formidable defensa organizada por los jesuitas, encontrándose con que se entregaron sencillamente con todo lo que poseían. Ciertamente es que un año después, todo aquello caía como cae un castillo de naipes.

Por lo expuesto, sabemos que el misionero trató de dar al indio una noción de su personalidad que le faltaba, y es curioso observar el resultado de este cotejo comparativo que uno hace naturalmente al estudiar estas cosas. Resulta muy curioso ver cómo los jesuitas por este sistema obtuvieron mucho mejor resultado que el que obtuvieron los franciscanos, los mercedarios y los dominicos, que más bien trataron al indio como un verdadero elemento secundario de civilización, reduciéndose a enseñarle el catecismo y los rudimentos más pobres de gramática. El jesuita, nó; el jesuita una vez que hubo despertado de este sueño al indio, en que no se traslucía la personalidad de su raza, en seguida lo levantó intelectualmente, y surgen, señores, esos cuatrocientos textos de gramática guaraní, escritos por hombres que al llegar a esas tierras no sabían de ella una palabra; pero se ve que eran los primeros filólogos de su tiempo; se ve que la base de griego, de latín y de árabe que poseían esos cultores de la ciencia, les facilitaba enormemente el trabajo.

Pero en cuanto a la fusión de la lengua eran intolerantes; no había en esos textos ni una sola palabra en español, y ejercían una constante persecución para impedir todo contacto con los españoles, estableciéndose así un aislamiento absoluto, que a mi manera de ver era justificado.

Los resultados no se hicieron esperar: el indio tuvo conciencia de su personalidad; e inmediatamente, a través de la organización jesuita, aparece la organización sociológica de las misiones.

Mucho se ha discutido sobre cuál fué o cuáles pudieron ser los criterios de clasificación de este organismo social. Los socialistas lo proclaman como el primer experimento de verdadero comunismo, de verdadero repartimiento de la propiedad, en el que se aplicaron las teorías más avanzadas del socialismo. Otros lo estudian como una manifestación del comunismo. Otros dicen que es la explicación o la preparación ideal de una sociedad en que desaparece por completo *lo mío* y *lo tuyo* para que la comunidad pueda ser dueña absoluta de la tierra.

El principal instrumento que el jesuita poseía era la iglesia; iglesia en la cual el indio encontraba las satisfacciones

que probablemente no hallaba en su hogar. La iglesia fue el lugar donde el indio encontraba todo el esparcimiento propio de su carácter romántico y triste; y en las iglesias de las misiones se bailaba como se baila hoy en la catedral de Sevilla, porque las mismas ceremonias que aún hoy se conservan en esta catedral, donde en ciertas y determinadas festividades bailan grupos de niñas y niños, se realizaban en las iglesias de las reducciones misioneras. El indio encontró en la iglesia todo el calor que en su hogar no tenía, y que el jesuíta puso especial cuidado en que no tuviera. Pero, ¿y para qué? para tenerlo sujeto, para tenerlo dominado, pero dominado con mansedumbre, dominado con paz. Y así no era raro encontrar entre toda la iconografía de la época, dibujos como el que ustedes pueden ver en la obra de Leopoldo Lugones, página 202 de la misma, que demuestra claramente cómo aprovechaba el jesuíta esta predilección del indio hacia la iglesia, transformándola — lo diré con toda verdad — en un verdadero teatro en que al San Miguel del altar mayor, en los días de grandes fiestas se lo veía resplandecer, fulminando con rayos de azufre al demonio que tenía a sus pies, ante los ojos de los indios despavoridos.

Esto no era cosa extraña; yo he visto en la sala del senado nacional de Lima, la capital del Perú, el Santo Cristo del Tribunal de la inquisición del año 1796, el cual, movido por una cantidad de poleas y mecanismos, hacía gestos, movía la cabeza, balanceaba los brazos, precisamente para darle al reo a quien estaban juzgando o a quien estaban solicitando declaración, todo el terror que el tribunal de la inquisición despertaba.

Todo ello es una prueba de que el elemento que dirigió y organizó las misiones, poseía un talento extraordinario. Se podía acaso llegar al corazón del indio por algún medio más rápido que la imaginación? O es creíble que las argumentaciones aristotélicas, o que las instituciones filosóficas, o que las argumentaciones de Platón o de los sabios de la época, habrían llegado a producir en la mente del indio, el efecto que producía en un momento dado una aparición misteriosa? Nó. Entonces, pues, la iglesia debía ser el supremo regulador de todos los actos de la vida de las misiones.

¿Cuál era la tarea más difícil que tenían que realizar los jesuitas en el experimento de las misiones? ¿Qué era lo que estaba más alejado de la posibilidad de conseguirlo y conseguirlo? Obligar al indio a trabajar; y esto lo consiguieron por un medio muy sencillo: por la comunidad del trabajo en

forma casi primitiva. Todos los días salían a trabajar todos los indios de las reducciones llevando, según los días de la semana, un santo que abría la procesión, seguido por coros de indios que entonaban cánticos religiosos durante las horas de la siembra y del trabajo. Y luego, como premio a la constancia y a la consagración, se repartían una cantidad de pequeñas baratijas, de bandas de colores brillantes, de pedazos de espejos, de cuentas de colores variados, que los indios recibían con verdadero alborozo.

Este trabajo estaba dividido en una forma especialísima, que permite asegurar que se trataba de un experimento nada común.

El gran enemigo que tiene aún hoy el indio, es el indio mismo, es su pereza, es su constante ociosidad. Y los jesuitas tuvieron que vencer esa ociosidad; pero como era una ociosidad colectiva, emplearon también un remedio colectivo, y ese gran remedio fué, precisamente, hacer del trabajo algo complementario, algo conexo, algo concomitante con las mismas prácticas religiosas. Y así, inmediatamente después de oída la misa, a la que concurrían todos los habitantes del pueblo, salían cantando en procesión, llevando un santo que variaba según las distintas festividades del año, e iban a trabajar a la sombra y al amparo de ese santo, y trabajaban todos. De tal modo, pues, en las misiones se trabaja el terreno reservado para la mantención de la comunidad, o sea, para el mantenimiento y la vida de la Iglesia.

¿Cómo hacían los jesuitas este laboreo o este trabajo? Sencillamente, dando al indio una noción precisa y clara de agricultura, en armonía con el clima, la temperatura y los medios de producción. No le pidieron al indio más de lo que podía dar, y para eso ellos tendieron especialmente a que se aumentaran dos grandes fuentes de riqueza natural: el mate y el algodón; sobre todo el algodón, que fué el cultivo particularmente estimulado por los jesuitas en las misiones y que, desgraciadamente, se ha perdido casi por completo. Podía ser hoy ésta una fuente de riqueza natural de primer orden para nuestro país, y ustedes recordarán que hace cuatro años Blasco Ibáñez vino, con las mismas ideas de plantar algodón en Corrientes y en Territorio de Misiones, a reproducir tres siglos más tarde lo que los jesuitas habían planeado y realizado en el año 1700.

Este laboreo y este trabajo hecho en forma colectiva,

respondía también a la idiosincracia del indio. Dado que el indio no tenía un horizonte más amplio que el punto de término donde concluía su reducción, no podía trabajar sino para sí y por sí, y no encontrando intercambio alguno de productos sino por medio del *padre*, que era el que manejaba en una forma mecánica toda la reducción, era natural que todos esos productos incidieran en el país, siendo el *padre* algo así como el gerente de esa gran fábrica, como el único dispensador de todos los beneficios de ese experimento comercial.

¿Hicieron bien los jesuitas en establecer este sistema? Yo creo que sí, y creo que sí porque aisladamente, la naturaleza del indio no les habría permitido obtener ningún éxito en sus esfuerzos, porque sus afanes todos habrían chocado contra la natural y característica desidia del salvaje; mientras que formando la gavilla colectiva, atándolos a todos en el mismo fervor religioso del trabajo, se estableció una verdadera comunión de ideales, que hacía que todos los indios encontraran suave, dulce y llevadero este régimen de trabajo cotidiano.

Se los hizo trabajar, pero en una forma tal que ellos no lo sintieran, y qué diferencia tan grande existía, entre este régimen y el de la mita y el régimen del yugonazgo, que fueron, como se sabe, las dos formas como los españoles explotaron al indio en América!

Este trabajo estaba organizado, como les he dicho a Vds., de acuerdo con un plan de rotación, y de cuando en cuando se abría un paréntesis de tranquilidad, que era amenizado, como se ameniza hoy la vida con un espectáculo teatral: con una procesión.

Tuvieron los jesuitas en la música un aliado perfecto, y que era un aliado fiel lo prueba el hecho que el mismo San Francisco Solano cuando tuvo que ir, llevado por su espíritu apostólico, a predicar el evangelio a tribus ya más salvajes, como eran las de Santiago del Estero, en las cuales ya había cierto sello característico de vigor y de fuerza, no tuvo mejor aliado ni más fiel consejero y amigo que su violín; y muchas veces llegó a dominar la algazara y el bullicio de todo un grupo, tocando una melodía de Scarlatti, uno de los músicos de esa época. Los jesuitas dominaron también con la música, y así esa constancia con que se ve que se cantaba en la iglesia, en el campo y en todas partes, demuestra que com-

prendieron el sentimiento de tristeza característico del indio, que está exteriorizado muchas veces en sus canciones de tanta tristeza y de tan simple espiritualidad.

En la acción comercial de las Misiones jesuíticas, como se sabe, se exteriorizan dos manifestaciones: el comercio interior y el comercio exterior.

El comercio interior se reduce al canje o trueque de los productos de que una misión o reducción no se hallaba suficientemente abastecida, con los productos de otra misión o reducción. Generalmente este trueque se hacía para completar los frutos del país con los cuales debía pagarse al monarca español el impuesto.

Este impuesto o tributo estaba legislado por las leyes de Indias y se puede decir que era una verdadera capitación, o sea, un impuesto pagado por cabeza. La cantidad fué tasada por Felipe III en la Real Orden del 10 de Octubre de 1618, en seis pesos huecos por año y por indio. Según esa misma real cédula, estimábase un peso hueco como equivalente a seis reales plata; por tanto el impuesto venía a ser de 36 reales plata, o sean, cuatro pesos y medio de la moneda española de la época.

Este impuesto fué modificado, por lo que a los indios de las misiones guaraníicas se refiere, por la Real Cédula del 14 de Febrero de 1647, por la cual se procuraba el alivio de los indios mediante la reducción del tributo a un peso de ocho reales de plata por cada indio.

Como los indios no podían pagar el peso plata en moneda, los jesuítas organizaron para adquirirlo expediciones comerciales que tenían como puntos terminales: Santa Fe y Buenos Aires. Establecieron así verdaderas bolsas de comercio, o, mejor dicho, de acuerdo con la organización comercial de la época, "lonjas" o casas de contratación. Los productos más comunes fueron la yerba, el tabaco y el pabito de algodón, aparte de algunas piezas de lienzo o de tejidos hechos en las Misiones, y trabajos de carpintería, sobre todo arcones, que se pueden ver en el Museo Nacional donde se conservan algunos, y esculturas de madera en que los indios eran muy hábiles.

• Eran traídos a Santa Fe o a Buenos Aires en expediciones que salían en balsas o jangadas una vez al año. Estas expediciones eran recibidas en Santa Fe y en Buenos Aires por los padres misioneros establecidos con el nombre de

procuradores, que eran verdaderos intermediarios entre los indios de las misiones y el comprador español. Tenían, pues, como misión principal vender al español los productos que se les consignaban, como diríamos ahora, de las misiones; y no crean, que en estas consignaciones el indio era un ser pasivo; no, la mayoría de ellos sabía perfectamente bien lo que traía y cuáles eran los productos que las necesidades de los pueblos que ellos representaban — exigían — que el misionero enviara de retorno.

Así el padre Juan José Rico, en su memorial presentado en 1793 dice que “todos por lo común son de poca o ninguna economía; pero les sobra advertencia para conocer si el cura o padre los explota o no en los bienes de su pueblo”. A propósito diré—lo que sucedió con unos indios misioneros de Nuestra Señora de Loreto, y fué que vinieron al padre provincial con una lista de varias túnicas que se habían enviado el año antecedente de su pueblo a la procuraduría de Buenos Aires, de donde, en correspondencia, sólo se les había llevado alguna ropa y hierro, cuando ellos esperaban mercar muchas cosas más que las que les habían mandado; y fué menester para desengañarlos hacerles ver lo adeudado que había estado el pueblo y que apenas habían bastado los géneros mandados para pagar sus deudas”.

Otra modalidad curiosa es que todas las mercaderías recibidas de las misiones se almacenaban en un edificio especial llamado el “tambo”, donde había capacidad no solamente para depositar las mercaderías, sino también para albergar convenientemente a los mercaderes y exponer allí los productos.

Todo esto lo dirigía el procurador de las misiones con la concomitancia y la ayuda de los padres; pero había algunos indios que, deseosos de aumentar con su trabajo personal lo que podían llevar de retorno a sus familias, se contrataban para trabajar como peones y como domésticos durante todo el tiempo que duraban estos canjes entre los misioneros y los compradores españoles.

Esto me recuerda una institución que todavía existe en Bolivia y que tiene todos los ribetes de la esclavitud en pleno siglo XX; se conoce en Bolivia con el nombre de Pongazgo, llamándose pongo, el indio que lo desempeña. En síntesis se puede decir que es el servicio hecho por los indios, sobre todo, en el género de domésticos, en virtud de un contrato entre el propietario de la finca o la estancia—como di-

ríamos nosotros—en la cual el indio vive y mora con su familia desde muchas generaciones, con el propietario, dueño o señor de la villa o de la capital, según el cual pide a ese estanciero 30 o 40 hombres, según el número que necesite. Estos hombres son enviados como podría enviarse un cargamento de comestibles. Van al establecimiento donde se les ha solicitado, trabajan 8 días, no reciben ningún jornal, sino que éste se entrega al propietario de la estancia o de la finca, y luego, después de haber trabajado 8 días son reemplazados en forma rotativa por otros indios que también permanecen trabajando otros ocho días. Es una verdadera esclavitud.

Es lo mismo que pasaba en las misiones, con la diferencia que esos indios que venían cuidando las mercaderías que se traían a Buenos Aires, se quedaban aquí uno, dos o tres meses; pero no percibían ningún salario, sino que éste lo cobraba el jesuíta o el procurador representante de los pueblos misioneros a que este indio pertenecía, y en cambio les entregaban, como dice el padre Hernández, algunas cosillas de que ellos gustaban llevar para sus familias en cambio de este trabajo que realizaban.

Pero este comercio tenía un defecto fundamental; todo ese castillo de la organización misionera cayó fulmineamente, porque se había olvidado una circunstancia excepcional; el desenvolvimiento de la personalidad del indio.

Se puede establecer en la historia del comercio de América un paralelo que sería interesante desarrollar: la diferencia que existe entre la forma de organización comercial que tuvieron los incas en el Perú, y esta forma de organización social y comercial que los jesuítas establecieron en esta parte de América del Sud, con una coincidencia especial: que los peruanos establecieron, como dice López, un verdadero juego de ajedrez, en el cual el inca era el rey que ponía en jaque a todas las demás piezas. Aquí el inca fué substituído por el misionero.

Cuando el misionero desapareció por una causa política, como fué el decreto de expulsión de Carlos III, todo el edificio se derrumbó, porque nunca se habían puesto en el caso de que el indio tuviera que actuar por propia gravitación en el desenvolvimiento de su personalidad; no se había tenido el cuidado, ni la consagración necesaria y no se le había dado jamás la sensación de su propia personalidad.

Este fué un experimento que tuvo como gran mérito, a

mi juicio, el haberse adaptado a las necesidades del momento, a las razones étnicas y a las características sociológicas del indio; pero esa adaptación debía haberse complementado paralelamente con un desarrollo de la personalidad del indio, que lo hubiera llevado por lo menos a tener cierta noción de sí mismo.

Desgraciadamente, aún hoy, el problema se presenta en las mismas condiciones. Hace tres años se dictó un decreto que consta de 164 artículos, en el cual, en el papel, se organizan maravillosamente las reducciones de indios; en el cual puede verse una preparación perfecta de todos los mecanismos a emplearse en las reducciones misioneras y en el Chaco. Pero se encarga de que realicen esta obra a un grupo de diputados nacionales, que probablemente jamás han meditado en las necesidades del indio, y con toda seguridad no conocen en absoluto ni el territorio ni la idiosincrasia general del indio; que van a ir a establecer empíricamente leyes, probablemente basadas en Schmoller y Leroy-Beaulieu, para llegar a un fracaso definitivo, que será repetición del resultado que obtuvo la anterior comisión nombrada por el ex-presidente Sáenz Peña en 1911.

El problema del indio entre nosotros, gracias a Dios, no tiene una importancia capital, como la tuvo en los Estados Unidos. El problema del indio está en razón directa de la forma como debe tratársele para levantarlo del nivel moral en que lo han colocado, y esto sólo se podrá conseguir con un régimen en que la dulzura tenga como base fundamental, no el deseo de explotación, sino un sentimiento puramente humano en favor del indio. Mientras se lo quiera explotar, y sea una máquina que rinda una suma de dinero, aun cuando él no reciba ningún beneficio de la civilización ni de las industrias de las cuales es parte fundamental e integrante; mientras se lo persiga y se sostenga el criterio del indio máquina, no se obtendrá absolutamente nada; el indio será un mecanismo más, que no dará ningún resultado eficiente y positivo.

Es necesario iniciar la educación del indio, es necesario inculcarle cuáles son sus derechos y cuáles son sus responsabilidades. Mientras esto no se haga, todos los experimentos fracasarán, como fracasaron los experimentos de los misioneros jesuíticos, que por otra parte, a pesar de los hechos y de los siglos que de ellos nos separan, fueron los que con ma-

yor inteligencia, con mayor rapidez, y, sobre todo, con mayor abnegación, encararon la solución de este problema.

Nada se ha adelantado en el país en este asunto desde el año 1664 hasta ahora; me atrevería a decir más: como hoy día toda esa nota de dulzura y de melancolía que caracterizaba a la organización misionera ha desaparecido, para ser substituída por una persecución brutal, al indio se le trata en forma más abyecta y vil que a la bestia menos considerada, a pesar de los inspectores del gobierno, de la comisión protectora de los indios, y de los 16 o 17 incisos que en el presupuesto del ministerio del Interior se destinan a tal objeto. Nada se ha adelantado, lo repito. En algunos informes que se pueden ver, del comisionado del gobierno, señor Linch, publicados por el ministerio del Interior, se ve una franca tendencia a reconstruir estas reducciones de acuerdo con el plan de los misioneros jesuítas.

Desgraciadamente, se nota hoy la presencia de un factor negativo con el cual los jesuítas no tuvieron que luchar: la intromisión del capital extranjero que ha hecho, sobre todo de esos obrajes del Chaco y de Misiones, verdaderas explotaciones en las cuales el indio es considerado como un elemento más, de esa máquina perfectamente dirigida y administrada.

Añádase a esto la gravitación que en el problema del indio ha tenido el alcoholismo fomentado por los mismos especuladores y directores de esas empresas, y se tendrá que para resolver, ya que no para retrotraerlo a esa forma de comercio que he tratado de esbozar, es necesario levantar el nivel moral del indio dándole conciencia de su personalidad, y asegurarle una remuneración en forma de salario que, al mismo tiempo que lo dignifique, le asegure un porvenir.

JORGE CABRAL.